

PREGON SEMANA SANTA
VALLADOLID 1.982

Por M.^a TERESA YÑIGO DE TORO

C.209-11





ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

SEMANA SANTA EN VALLADOLID

PREGON 1.982

María Teresa Yñigo de Toro

C.209-1

Biblioteca del Archivo



1432938

C.209-11

R.23.677

IMPRESA MUNICIPAL
VALLADOLID

SEMANA SANTA EN VALLADOLID
PREGON 1983
Mano Tenes y de la Tor

EDITA: Ayuntamiento de Valladolid
IMPRIME: Imprenta Municipal

EXCELENTISIMAS E ILUSTRISIMAS AUTORIDADES,
MIEMBROS DE LA JUNTA DE SEMANA SANTA
Y DE LAS COFRADIAS VALLISOLETANAS,
SEÑORAS Y SEÑORES:

Cumplo hoy, aquí y ahora, al anteceder en la palabra a María Teresa Yñigo, una de las más emocionadas tareas que se entienden en la competencia de la Alcaldía de una ciudad, como es la nuestra, en la que si la Semana Santa ha adquirido categoría de universal, su Pregón es pórtico intelectual que año tras año se convierte en auténtica historia.

Tarea, digo, que por emocionada no es tarea, sino motivo de profunda gratitud a todo y a todos, porque conlleva la satisfacción legítima del acercamiento a quienes amáis Valladolid y todas las cosas de Valladolid.

Es hábito, digo, que el Alcalde presente a quien pregona, y es hábito que, de verdad, no acabo de entender muy bien, por cuanto el pregonero, pre-

gonera en este caso, suele ser, como toda voz pública bien cualificada, más conocido o conocida que ninguno.

Me sirve, sin embargo, de pretexto la ocasión para decir, en voz alta, lo que pienso que es María Teresa Yñigo del Toro, vallisoletana entusiasmada sin renunciar nunca a tantos acentos que la preceden en la Tierra de Campos, en esa Medina de Rioseco de su alma, donde la Semana Santa se hermana en profundidad y sentimiento con la nuestra.

Me sirve la ocasión, repito, para afirmar que Tere Yñigo, además de la mujer con seria vocación universitaria, además de escritora preocupada, además de directora en la radio, es, para mí, y es lo que quería decir, cronista puntual de sentimientos y emociones de la vida ciudadana, que es tanto como calificarla de poetisa diaria e incansable de la realidad del pueblo en que vive y al que quiere, que es este, nuestro Valladolid, nuestra ciudad, en la que la Semana Santa, honda en religiosidad, es auténtica expresión de todo un modo de ser y de latir con sobriedad y rigor, tal como supieron entenderlo los grandes imagineros y nos mostraron y muestran a través de su obra inmortal, imperecedera e impresionante como ejemplo de sensibilidad artística.

Al tiempo que también uso de la oportunidad para expresar mi gratitud a los Padres Dominicos por albergar tu Pregón y nuestra presencia en este templo monumental, cuya fachada escultórica es incomparable, permíteme María Teresa que, de antemano, te de las gracias y te felicite, y te deje sola, para que sea tu voz quien le ponga el primer escalofrío de emoción a la Semana Santa de 1982.

Y a todos, muchas gracias, por estar aquí y por cooperar, un año más, a que la Semana Santa de Valladolid tenga tan buen prólogo como lo es este acto, ya tradicional para nosotros.

PREGON 1.982

EXCMO. Y RVDMO. SR.
EXCELENTISIMO Y REVERENDISIMO SEÑOR,
EXCELENTISIMAS E ILUSTRISIMAS AUTORIDADES,
QUERIDO ALCALDE, CORPORACION,
JUNTA DE SEMANA SANTA, COFRADES, COFRADIAS,
SEÑORAS, SEÑORES, AMIGOS...

Lo primero gracias al Sr. Alcalde porque no entro si las palabras que ha dicho son justas o no. Si son justas, gracias por ser justo, y si no son justas gracias por ser amigo.

Se ha dicho muchos veces que la ambición más extendida y más entrañable para el hombre es llegar a ser Alcalde de su pueblo. Quizá porque entra en ese deseo una gran cantidad de generosidad y de hermoso orgullo; porque es como alzarse hacia arriba, empujado por sus conciudadanos y tratar de hacerles llegar la mejor lluvia benéfica de sacrificio y de trabajo.

Pues bien, algo parecido me ha ocurrido, está ocurriéndome a mí. En este momento llevo sobre mis hombros una pesada pero preciosa carga porque mi voz es ahora la de todos los vallisoletanos y autorizada estoy por ellos para representarles, para levantar un imaginario telón y abrir las puertas de la Ciudad a propios y extraños para mostrarles la mejor vivencia, la mejor maravilla que Valladolid tiene: su Semana Santa.

Demasiada carga es para unos hombros solos pero como cuando alguien carga con su hermano a las espaldas puede decir «no me pesa, es mi hermano», yo también puedo decir que mi carga es suave porque sois vosotros los que la pusísteis sobre mí.

* * * *

En la vida de los hombres, hay momentos que deberían estar graba-

dos en piedra blanca que es la piedra del gozo, de la alegría; es la piedra de los nacimientos, de los bautizos, de las bodas; es la piedra de las mañanas de sol.

En la vida de los hombres hay otras fechas que deberían estar grabadas en mármol negro. Es el mármol de las angustias, de los dolores, de las traiciones, de la enfermedad, de las ausencias, de los fracasos. Es el mármol de la muerte.

En la vida de los hombres hay otras fechas que deberían estar grabadas en mármol blanco con letras de oro. Es el mármol de la gloria, de las oposiciones ganadas, de los triunfos artísticos, de las novelas publicadas, de los cielos abiertos.

Pero en la vida de los hombres—y naturalmente de las mujeres—hay fechas que participan de todas estas piedras y de todos estos mármoles. Y esta fecha es la de hoy, para mí, porque tengo el gozo de que mis conciudadanos, de que mi gente, de que los míos me hayan tomado por bandera. Es también triste porque hubo dos hombres en mi familia—los dos hombres importantes en mi familia—que suspiraban y soñaban con la idea de que yo diera este Pregón. Pero ya no están. Pero estoy segura de que como en la mansión del Padre hay muchas moradas, donde estén, en la nube blanca de los hombres buenos, ellos estarán oyendo este Pregón.

Y es piedra de gloria porque amo tanto a mi Ciudad y amo tanto su Semana Santa que al hablar de Ella es la gran gloria que yo pongo sobre mi pecho, y sobre mi corazón.

Los largos pero hermosos años de mi ser como locutora de radio me dieron pie para conocer a fondo nuestra Semana Mayor. ¡La he transmitido tantas veces, paso a paso, cofradía a cofradía, procesión a procesión! Para que las gentes que no veían las procesiones yo les puse voz para

que llegaran a sus casas. Entended que llego a este momento empapada en nostalgia, en fervor, fe y en amor.

!Que carga más difícil para mí Pregonera de la Semana Santa en Valladolid! Han variado los estilos, los lugares desde los que se hizo o dijo el Pregón, ha variado todo; pero yo he leído la relación de quienes me han precedido en este hermoso momento. Y de pronto el alma se achica y no sabe a donde va. El Teatro Carrión, el Teatro Calderón, el Ayuntamiento, la Sala de la Sillería del Museo de Escultura, su Capilla, el Museo de Pintura, el Diocesano de la Catedral, la iglesia de San Pablo... !cuántas vicisitudes, cuantos escenarios!... pero sobre todo !que variedad de pregoneros, escritores, poetas, periodistas, teólogos, oradores, historiadores, artistas, filósofos..., treinta y cuatro pregoneros vinieron delante de mí para hablar de nuestra Semana Santa; cada uno según su ritmo, cada uno según su forma de entenderla, cada uno con un estilo propio. Leyendo y leyendo muchos de aquellos pregones, una se da cuenta de la variedad de facetas que tiene nuestra Semana Mayor. Y por eso, porque las tiene, es posible echar mano de cualquiera de ellas, de aquella perspectiva que vaya mejor con nuestro propio sentir. El común denominador es el mismo, la Semana Santa, pero cada uno la cantaremos a nuestra manera con toda la riqueza que el alma humana tiene.

Treinta y cuatro pregoneros cantaron y buscaron la vena más poética o la más histórica o la más filosófica o la más personal, antes que yo aquí, y ahora, en este maravilloso templo de San Pablo centinela de piedra en la más hermosa plaza de la Ciudad esté oyéndome. La más hermosa y la más importante. Porque en ella está la Iglesia, el Ejército, la Enseñanza, la Provincia y la Justicia. En ella está representado los más altos Estamentos de nuestra vida diaria.



Que nada falle, que todo salga bien, que el tercer acto que se acerca sea el del aplauso del corazón. Y de pronto Valladolid se hace un río de fe y de amor, un río de devoción y de luz. Y aparecerá la Cena abriendo paso y tras ella la Oración del Huerto, con los hortelanos y los jardineros de Valladolid y después tres pasos que llevan jóvenes: «Preparativos para la Flagelación, La Flagelación y El Cristo atado a la columna»... ¡Qué hermosos estos tres pasos! pero casi de poder escoger, escogeríamos el Cristo atado a la columna. Ese Cristo duce, flagelado ya, con la mirada entregada del que la tradición dice que cuando Gregorio Fernández le terminó, el Cristo habló y le preguntó: —¿Dónde me viste que también me retrastaste? Y el Imaginero respondió sin vacilar; —En mi corazón, Señor—.

Y tras El viene Pedro, con sus lágrimas, con su contricción, con su dolor por la traición al Maestro. Es una hermosa cofradía doble que hace poco transita por las calles de nuestra Ciudad.

Detras de Pedro, el Rey de Reyes, ha sido coronado con escarnio y con un manto rojo y una caña entre las manos atadas. Los judíos no se compadecieron y nos preguntamos por qué. El Ecce Homo es guardado por los artilleros que le rinden honores, esta vez sin escarnio, Rey de Reyes.

Por la calle del silencio vallisoletano avanza el Nazareno, con el recuerdo de sus besapié tan emotivos, con esa gran tradición que pasa de padres a hijos para vestir la túnica morada. Ese Nazareno de la mano patética acercándose al suelo porque teme no poder volver a levantarse. Y el Cristo del Despojo, solo ya, abandonado, que cubrió su soledad con las grandes juventudes que un día salieron a la calle con la cara descubierta, sin capirote, sin nada que les impidiera dar prueba de su fe. Juventudes que un día y hoy, siguen dando prueba de su fe y de su amor. Ya Cristo va camino del Calvario. Y en ese camino, entre sayones y soldados, va a encontrar, a dos personas amigas que ni siquiera eran discípulos suyos, que quizá hasta no habían oído hablar de El, pero que le ven inerte y dolo-

ruido y ahí está el Cirineo y ahí esta la Verónica, arrancados de la inmortalidad sus nombres por un gesto de amor.

Pero ya, rápidamente, están haciéndose los preparativos para la Crucifixión. Ya hay quien barrena la madera para clavar los clavos, ya hay quien le quita la túnica que será sorteada después, ya el palenque está preparado para el gran duelo entre la vida y la muerte.

La Plaza Mayor de Valladolid tiene en este momento más de ocho escenas del martirio del Inocente. Entran por Ferrari, se van por la calle de Santiago, pero en este momento la magia del arte y de la fe explotan como una alegre llamarada, para que las gentes, atónitas, asistan a este Auto Sacramental. Y el Cristo se queda un momento solo. Está lacerado, dolorido, abatido... y además está solo. Y de pronto cae de rodillas y mira hacia el Padre. Es el Cristo del Perdón, cuya espalda es ya una masa de sangre y de dolor y El, entregado mira arriba. Ya va a ser crucificado y la Cofradía de la Exaltación de la Cruz está con el nuevo Paso de su nombre. Ya está clavado, ya está escarnecido, como una bandera gloriosa va elevándose a lo alto, para que los siglos le contemplen. La Cofradía que le acompaña es algo muy querido en Valladolid. Son los ferroviarios, todos los que viven en el mundo de la prisa y de la entrega. Cofradía que pasa de padres a hijos con el mismo trabajo y la misma dedicación.

Y de pronto en la Plaza Mayor de Valladolid aparece la Primera palabra. Pero ¿qué es la Palabra? La palabra es el Verbo, la Palabra es Dios. La Palabra es el Hijo del Hombre desde el principio de los siglos. Y porque Dios es siempre más generoso que el hombre, no le da una, le da Siete. Siete Palabras que Cristo ya crucificado lanzara al aire de Palestina, al aire del mundo. Pompeyo Leoni, Gregorio Fernández, Tudanca, Francisco de la Maza y cientos de discípulos suyos, hicieron posible este Auto de Fe que alcanza su máximo esplendor en este momento en el que Siete Pasos ocupan la Plaza Mayor de Valladolid. Y qué bonitas las Palabras de amor «Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen», «Hoy estarás

las cofradías; a la izquierda y a la derecha de las cofradías, el pueblo llano. El pueblo que mira a las cofradías y a los pasos; las cofradías que ven a los pasos y al pueblo, y los pasos —¿por qué no?— que ven a las cofradías y al pueblo de a pie, al pueblo llano, al que llora. Tres brazos de un río increíble que hacen posible la maravilla de nuestra Semana Mayor.

Porque son ellos los que hacen que esta Semana sea una Semana de fuerza de fervor y de amor.

Segun se van acercando las fechas sagradas se nota en las iglesias donde duerme algún «paso» un frenético ir y venir de cofrades y hermanas de devoción. Hay que tenerlo todo a punto, hay que esmerarse este año más que el pasado y el que viene, más que éste. La Junta de Semana Santa empieza a trasnochar, a trabajar, a recorrer una y cien veces el itinerario de las procesiones para observar simplemente si algún cable, o algún árbol puede dañar los pasos. Las túnicas, los hábitos, los capirotos van saliendo de los armarios después de un sueño de muchos meses para que las esposas, las madres, las hijas planchen y retoquen y hagan brillar las ropas, los zapatos, las hebillas. Todo ello es como un rito, un rito que va pasando de padres a hijos, de madres a hijas desde hace muchos años.

No quiero hablar, porque también las conocéis como yo, de las procesiones de los siglos XVI o XVII, procesiones para las que los imagineros tejieron el milagro de Cristos y Vírgenes, procesiones en las que se estrenaban los grandes Pasos Procesionales que agrupaban a gremios, a barrios, a pueblos, a familias; procesiones que desfilaban por las calles de la Cárcaba y de Chancillería, por Especería y Cascajares, por Platerías y Cantarranas; procesiones que salían una detrás de otra para no pisarse la calle, como un gran requiebro de cortesía y amistad. Aunque a veces —archivos de la Piedad, de la Agonía y de las Angustias lo dicen— cofrades encan-

dilados se olvidaban de la cortesía y pisaban a la vez las calles de Valladolid llegando incluso a denuncias y pleitos. Procesiones que como decía Pinheiro Da Veiga «Admiraban a propios y extraños porque ya había muchas gentes de otras Ciudades en los siglos XVI y XVII que venían a Valladolid por ver sus incomparables santos de madera y sus desfiles procesionales».

Aquella es ya historia, pero yo quiero hablar de la historia viva, de la historia de hoy que mañana será ayer. De esas procesiones que volvieron en 1.923 a sacar los pasos a la calle para rezarles y acompañarles. De la mano del Arzobispo Gandásegui por un lado, por el otro de las de Agapito y Revilla y Mendizábal, aquellas pequeñas procesiones fueron tomando, año a año, cuerpo. En el 27 la cofradía de la Piedad sale por primera vez con su hábito negro y la acompañan las otras penitenciales: el Nazareno, las Angustias y la Vera Cruz. En el año 30 salen la Preciosa Sangre y las Siete Palabras. En el año 31 el Santo Entierro de Santa Ana. En 1.935 salieron ya siete cofradías y la riada procesional tuvo un súbito paro en 1.936, año que más tuvo de guerra que de paz, más de odio que de amor. En 1.937 las gentes se lanzaron a las iglesias para pedir un hábito, el que fuera, para salir en las procesiones para rezar. Había mucho que hacer. Los Pasos de madera que antes se lavaban echando sobre ellos cubos de agua, han de ser restaurados, pintados, embellecidos. Las mil pesetas que el Ayuntamiento daba por aquel entonces a cada una de las cofradías, no sirven para casi nada; pero las cofradías ya son ahora fuertes y sus cofrades, generosos. Se van rescatando pasos que dormían hacia siglos en las iglesias en penumbra y que ahora salen a la luz del día para brillar ellos mismos con luz propia, para aceptar el reto de que su belleza puede resistir y triunfar a la luz del sol.

Pero ya es hoy. Mejor dicho, ya es mañana. Ya hay que hablar sólo de las procesiones de 1.982. Ya hay que pregonar no lo que fueron ayer, sino lo que serán en el futuro próximo cuando los calendarios nos avisen

que la semana del mayor dolor ha llegado a nuestras calles y a nuestros corazones. Qué bien está la mirada al pasado porque todos somos hijos de un pasado y porque ¡ay del que olvide el pasado porque no tendrá ni presente ni futuro!, qué bien está beber un poco del ayer usándolo como trampolín para el mañana.

Ya estamos en él. Y estamos pregonando una semana más, una semana que, como las otras, levantará la bandera del mejor de los fervores, una Semana que está ahí, a la vuelta de la esquina, dando cita a quienes quieran gozar de ella e invitando hasta las golondrinas de una incipiente primavera, para que hasta ellas llegue el acontecimiento más grande, más trascendental que han visto los siglos después de la creación: La Redención del mundo a través de la muerte de Cristo.

* * * *

Jerusalén, la reina de Sión, la ciudad paradójicamente llamada de la paz, refulgía a la luz del sol en las piedras herodianas haciéndose carne viva. Se acercaba la Pascua y cientos de miles de judíos, en condiciones increíbles, viajaban para hacer sus sacrificios en el único lugar que Dios quería: en el templo de Jerusalén.

¿Dónde había estado Cristo la semana anterior a su muerte?. Quizá en Magdala, quizá en Cafarnaún, quizá en Betania con sus queridos amigos. Quizá también cada mañana había bajado al templo e incluso ¿por qué no?, Jesús se ha enojado con los mercaderes que habían hecho del Templo de su Padre una casa de traición y avaricia. Quizá cada anochecida había subido a Getsemaní que tira de El y de los suyos por la limpieza de su aire, por la soledad y la calma que le hacen recordar los campos de Galilea.

Pero el domingo, Jesús, acorde con su calendario final, decide bajar a Jerusalén. El pueblo —¿como no en Jerusalén?— está dividido. Unos

maquinan ya su muerte. Otras, al verle llegar, cantan y gritan y le llaman Hijo de David, el gran piropo que un judío podría decir a otro. Jesús viene montado en una borriquilla tras la que va el buche casi recién nacido. Y las manos y las túnicas sirven de escabel a este hombre que pasa entre las palmas y hojas de olivo aclamado ya como Mesías. ¡Una fiesta!

Y el domingo de Ramos es una fiesta. Una fiesta entrañable a la que prestan luz y calor los niños, aquellos a los que tenemos que parecemos para poder entrar en los Cielos. ¡Qué hermoso es que la primera procesión sea, en definitiva, la de nuestros hijos, la de nuestros nietos!. La Cofradía de la Vera Cruz —verde y negro en sus hábitos— escolta solemnemente al júbilo ensordecedor de los pequeños. Habrá muchos vallisoletanos que no pertenezcan a Cofradías, que no hayan portado hachones ni hayan hecho velas ante el altar; pero raro será el vallisoletano que, siquiera una vez, haya acompañado con su Colegio, con su escuela, con su parroquia, la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Hay que estrenar algo. El que no estrena no tiene manos, los niños lo saben muy bien. Y los padres y las madres, aunque no pueden comprar los calcetines, los guantes, o la cartera o el libro que eran necesarios antes de ayer pero que estrenado el Domingo de Ramos es como una patente especial para los niños. Recuerdo la ilusión de la Palma amarilla que se iba ennegreciendo atada en el balcón de las casas y recuerdo también la verguenza de cuando ya no éramos tan niños y desfilábamos como si aún lo fuéramos. La calle de Las Platerías se llenaba de «Gloria al Hijo de David, sol inmenso de bondad...» Y el arzobispo bendecía las palmas y los padres nos esperaban en una esquina y volvíamos a casa, cansados sí, pero ennoblecidos por una especie de acta notarial por la que Jesús, además de Hijo de David, era el enviado de Jehová.

Y después de la entrada de Jesús en Jerusalén ¿Cuál fue su vida? ¿Se quedó en los alrededores de la Ciudad ya encrespada por su presencia?

Quizá los discípulos más crédulos y menos preparados, entendieran que aquella entrada triunfal era el fin de un peregrinaje. El sabía que no. El sabía que allí y entonces estaba empezando todo: su agonía, su dolor, su entrega.

El lunes Valladolid, quizá intuyendo aquello, lanza a las calles el gran Rosario del Dolor. En cada esquina, un misterio. En cada calle, un llanto. En cada parada, una oración. Cinco misterios, cinco cofradías que arrojarán a seis pasos que llamarán a rezar y a meditar, que les prepararán a una buena muerte, que paseará su Cristo y su Cofradía por la noche cerrada de Valladolid.

¿Y que hizo Cristo el Martes Santo? ¿Por qué caminos anduvo? Es posible que, consciente de su próximo final, quisiera pasar algún tiempo con su Madre. Su Madre, quizá, estaría en Betania con Marta, María y Lázaro, el buen amigo. Quizá ella, también andariega, como su Hijo, desarraigada ya de sus raíces en Nazareth y siguiéndole siempre a distancia, encontró el momento de hablar con su Hijo. Es un encuentro antes del paso final. El no la dirá nada, pero una Madre adivina todo. El no la dijo que cuando volvieran a verse estaría clavado en una Cruz; pero ¿quién nos dice que Ella ya lo intuía?

Y Valladolid el Martes Santo saca de San Andrés su Camino del Calvario, que, lentamente, a través de viejas calles va en busca del Corazón de la Ciudad, de su Plaza Mayor. Y en ese momento desde la iglesia de las Angustias, la Madre empieza su andadura. Van abocados a encontrarse, van abocados a verse, precisamente delante del Ayuntamiento de Valladolid para confrontar la fe y el amor de un pueblo. Ya están frente a frente, el Hijo y la Madre y la Plaza Mayor de una Ciudad como la nuestra, palenque, duelos, de torneos, de autos de fe, de competiciones, de alegría y de danzas, se abre y se cierra a la vez para ver el dolor de una Madre y para saber del dolor de un Hijo.

Después ya casi en la media noche las calles de Valladolid serán un río de silencio. Ni un susurro; ante el dolor que se avecina.

¿Y que hizo Jesús el Miércoles Santo? No lo sabemos ni lo sabremos jamás. Pero la profunda sequedad de la naturaleza en los alrededores de Jerusalén, no gustaban a Jesús, hombre de campo abierto y hondo... Nazareth, Cafarnaun, Tiberíades, El Jordán... No está a gusto. No es su paisaje. Volvería, seguramente, cada noche a Getsemaní que con su umbrosa sombra y sus olivos paliaba en parte la sequedad de la Ciudad.

Pero es miércoles. Ya le separan muy pocas fechas para el gran drama. Y El lo sabe. Ha venido a sufrir y sufrirá. Ha venido a morir y morirá. Y Valladolid teje en su torno el Vía Crucis procesional como si ya adivinara lo que el Cristo debe sufrir. Las Cofradías penitenciales con sus pasos titulares cubrirán las catorce estaciones del camino del Calvario. Y las calles de Valladolid, de noche, cuando casi toda la Ciudad duerme, seguirán la andadura de procesiones distintas y distantes. La de la Agonía, la de la Piedad. La de la Paz y Reconciliación — ¡qué hermosas palabras! — la Peregrinación del Consuelo; son procesiones localizadas en diversos puntos de la Ciudad y en esos puntos, mientras los demás duermen, mientras los demás dormimos, ellos rezan y meditan.

Ahora ya no tenemos dudas. Cristo está cerca de Jerusalén y mientras El se acerca a la Ciudad, Valladolid lanza a la calle una de sus procesiones más emotivas: La de Caridad y Penitencia. El Cristo del Perdón, la Preciosísima Sangre y La Piedad, van en busca de los que no pueden verles en las calles, van en busca del dolor y la enfermedad y de los que no tienen libertad tras unas rejas. El hospital y la cárcel serán sus hitos. Un «Perdón, oh Dios mío» suena incontrolable y un reo, saldrá por la puerta grande porque Cristo y María le han comprado su libertad a fuerza de Amor.

Id y buscad a un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidle y decidle que el Maestro va a cenar en su casa.

Doce apóstoles, doce hombres ingenuos, ardientes, primitivos, doce hombres que aman al Maestro corren alocadamente en busca de ese lugar en el cual cenarán todos juntos. Las mujeres fieles, quedan detrás, hasta la Madre queda detrás esa noche. Hoy sólo están ellos los del Tiberíades, los elegidos que abandonaron todo, sus casas, sus familias, su vida entera por seguir al Maestro. Es la cena, la Gran Cena de la amistad y el amor. Yo he visto El Cenáculo. Debajo de él está la tumba del Rey David, encima de él El Minarete de los Musulmanes. Y al entrar allí, al sentir el frío de sus muros de piedra una sólo piensa ¿dónde estuvo?, ¿dónde se sentó?, ¿dónde estaban los demás? Pero aquella noche todo estaba previsto: las hierbas amargas, el vino y un cáliz para todos, el Cordero Pascual, el Pan, ese Pan que empezó siendo de proposición, doce panes cocidos en vasos especiales que los hebreos ofrecían y ponían en el Tabernáculo del Templo todos los sábados en memoria de las Doce Tribus de Israel, ese Pan que antes sólo comían los sacerdotes y levitas y que esa noche se hará Pan Eterno para todos los hombres del mundo.

Y ahí está el Gran Paso de la Cena. Le acompaña su propia Cofradía que tomó contacto con la Semana Santa a través del Paso «Camino del Calvario». Una cofradía joven, nueva, que anduvo errante de iglesia en iglesia hasta que al fin se afincó en la de San Pedro Apóstol. El Paso de la Sagrada Cena es como un gran barco que avanzará inexorablemente hasta nosotros. Y la mirada de las gentes van de Jesús a Judas, del Judas derribado en el suelo hasta Jesús que está escribiendo el Prólogo de su Pasión. Ya es de noche. Jesús ha salido de Getsemaní, su jardín del molino de aceite tan querido por El.

Va a sudar sangre, va a pedir al Padre que pase de El ese Cáliz, va a sentirse solo porque hasta los suyos se han dormido a unos metros de El. Es la noche más triste de la Historia del mundo. Es la noche de la aceptación, también de la traición y de las tinieblas. Y mientras en el Huerto de los Olivos se ciernen vientos de tragedia, Valladolid llena sus calles con rezos y con amor.

A las once y de la Penitencial del Nazareno saldrá la impresionante Peregrinación del Silencio, el gran silencio que Jesús encuentra en sus discípulos y hasta en su propio Padre. El Cristo de la Agonía calla también cuando es transportado a hombros de los Cofrades. A las doce —sigue sudando sangre y dolor— saldrá la del Santo Entierro con su Cristo Yacente, ya ha salido también la de la Amargura y la de Oración y Sacrificio con el Cristo del Perdón, un Cristo que tiene privilegio Real para su cofradía, concedida por Carlos I. Sólo el Cristo del Gran Poder de Málaga tiene ese tratamiento. Desde 1.522 tenían el privilegio de atender a los condenados a muerte. A los indultados les daban comida, cama, dinero para su desplazamiento o les buscaban trabajo si residían en Valladolid—. La espalda de este Cristo ha inspirado siempre a todos los poetas.

Divina espalda de Jesús sangrante,
curvada espalda del Divino Preso.
Y comenzaste a soportar el peso
de todo el mundo en redención triunfante.

Ellos rematarán la noche en la iglesia de los Pajarillos donde, a toque de tambor destemplado rezarán, a iglesia llena, a iglesia abarrotada, un Miserere estremecedor que pone la piel en pie, la piel y el corazón.

¡Sij. La noche del Jueves Santo, ya lo hemos dicho, es la más larga del mundo. Porque quizá cuando Valladolid desfila con sus pasos, está produciéndose la parte más importante de la más importante historia del mundo. Quizá Jesús está yendo de Caifás a Anás, de Anás a Herodes, de Herodes a Pilato.

Quizá cuando sale la procesión de las cuatro y media de la mañana, la de Sacrificio y Penitencia con el Cristo de los Carboneros, Jesús ha sido ya maniatado, escupido, flagelado, quizá ya Pedro le ha negado, quizá ya Judas está buscando la cuerda para ahorcarse. Quizá ya le han coronado de espinas y le han disfrazado de Rey. Quizá Jesús tuviera, en medio de tanto dolor, El, que lo sabía todo, una sonrisa como si adivinara que casi dos siglos después habría gentes que desfilarían, que llorarían y que meditarían en una ciudad lejana llamada Valladolid y que harían velas nocturnas con las Cofradías Penitenciales para estar con El a través de la distancia y a través del tiempo. Y a las ocho cuando ya es de día en Jerusalén, en Valladolid saldrá un Via Crucis con la Cruz Desnuda a la que asisten miles y miles de personas, cantando así el poeta:

En manantial abierto por su frente
¡Oh Cruz! brotando claridad de vida,
se derrama tu calma amanecida
para la paz. Y es paz, ese torrente.

Ha amanecido en Jerusalén. Pilato, acongojado por los sueños de su mujer y por sus propias dudas ante la inocencia del acusado, le muestra al pueblo de amanecida. El pueblo no quiere compromisos, quiere la sangre del Justo aunque ella caiga sobre ellos y sobre sus hijos y sobre los hijos de sus hijos. Jerusalén amanece ese día sin saber que por él pasaría a la gran historia de todos los tiempos.

Y de pronto en Valladolid, también de amanecida rompe el aire de la mañana de primavera un Pregón. Un Pregón de viejos tiempos. Un Pregón, de a caballo. Caballos blancos enjaezados en rojo, con los que la Ciudad será roturada en palabra y en fervor. Desde las ocho y media hasta las doce del mediodía la Cofradía de las Siete Palabras hará su andadura larga y extensa, de tal, forma que nadie puede quedar sin oír su llamada.

Las Siete Palabras, que ya, al fin, tuvieron sus siete pasos coronando las Siete Palabras, vuelve a la Edad Media para pregonar, es decir, para lanzar al aire una verdad importante. Y va clamando de calle en calle, de esquina en esquina, de plaza en plaza, para que las gentes vengan a ver morir a Cristo. De la iglesia de Santiago partirán hacia el Palacio Arzobispal donde el Arzobispo les entregará el Pergamino con el Pregón. Todos los poetas de nuestra Ciudad, otros muchos de la Provincia y de España entera escribieron durante años y años este Pregón. Sin firma. La gente sabía o adivinaba de quién era pero el pergamino del Pregón no lleva firma. Con él en la mano recorrerán la Ciudad reclutando a las gentes para que llenen la plaza Mayor de Valladolid. Los jinetes y los caballos —blanco y rojo de la Cofradía de las Siete Palabras— van acercándose a la gran plaza. El Pregón del año pasado decía lo que decían todos, pero decía así:

¡Oid, oid, oid! pueblos dormidos
Siete Palabras presas en el viento,
siete corceles del dolor buídos.
Oid la voz humana, casi aliento,
de los labios más altos, desprendidos
de tanta sed y tanto rendimiento.
¡Oid, oid, oid! pueblos dormidos
Siete Palabras presas en el viento.
¡Aprestad a la luz vuestros oídos!

El pregonero le lee por última junto al paso de Cristo entre los ladrones. Junto a este paso que hoy nos preside. El pregonero lleva la cinta roja y el lacre rojo de la Cofradía. Las manecillas del reloj de la Casa Consistorial están acercándose la una a la otra, como asustadas de tanta solemnidad, de tanto dolor. Quienes hayan visto una vez, sólo una vez, el Sermon de las Siete Palabras en la Plaza Mayor de Valladolid, no lo olvidará jamás.

Quienes no lo hayan visto habrán de venir alguna vez a verlo porque tiene dentro de sí tal carga de emoción, de plasticidad, de religiosidad y de fervor que merece la pena un viaje.

Con el sermón de las Siete Palabras de Valladolid hemos de incurrir en tópicos, pero ¿qué es un tópico sino una verdad que se repite? y ¿dónde encontraríamos una verdad mayor que llamar a esta plaza templo?. Es que lo es. Lo es. Es un templo descubierto, una catedral sin techo, una basílica porticada en la que vuelve a darse el supremo hecho de que la palabra de Dios sea dicha al aire libre mientras arriba luce el sol y mientras los pájaros castellanos vuelan y sobrevuelan sobre el Crucificado de Francisco de la Maza y sobre los dos ladrones de Gregorio Fernández. Tres cuerpos sin vida, detrás un gran lienzo negro, el púlpito del orador, multitud de colores porque todas las Cofradías están representadas, unas mantillas negras reliquias de otros hermosos y poéticos tiempos y de pronto el reloj del Ayuntamiento da las doce. Quizá en ese momento Cristo empezaba su andadura por la Vía Dolorosa, la calle más estrecha, más sucia y más cruel del mundo; la calle donde apenas se encuentran ya sus pasos; pero nosotros los tenemos grabados en el corazón y podemos acompañarle camino del Monte de la Calavera. Nadie que no lo haya visto podrá entender la emoción de este momento. Una emoción clara, limpia, a cuerpo desnudo, a pecho descubierto; porque aquí no ayudan a la emoción ni el temblor de los cirios, ni el redoblar de los tambores destemplados; aquí no hay noche ni siquiera media luz. Aquí como tantas otras en Castilla, las cosas han de ser verdaderas, auténticas, de buena ley para que puedan resistir esta clara luz del tremendo mediodía de nuestra tierra.

Tan solo aquí, viajero, en esta orilla
del Pisuerga que cruza la llanura,
comprenderás la voz de la amargura
sin límites, eterna, de la arcilla.

Viajero, aquí hallarás la maravilla
de la Tierra que al Cielo se apresura
y —abrazándose a él— te lo asegura.
Tan solo aquí, en el centro de Castilla.

Aquí, donde la luz es trigo y mana
al corte de la hoz, luz más cercana
que a celeste manjar invita inerte,
ve morir a Jesús. En alba pura
convertirá y en trigo la amargura.
Llegando aquí comprenderás su muerte.

El pregonero: permitidme un recuerdo a Justo García y sobre todo a Antonio Gimeno, que durante veinticinco años pregonó el Sermón y que dejó el honor del pergamino caballeresco a su propio hijo. Aquí dice su último Pregón. El orador hablará de las Siete Palabras de Cristo. El mediodía se cierne sobre la Ciudad que se apresta ya para el tercer acto trascendental de esta Semana Santa de Valladolid.

Diez y ocho Cofradías y veintinueve pasos están esperando ya. El ritmo de la Ciudad se para. No circulan los coches, no se oye más que el murmullo de la multitud que va tomando posturas. En las sillas que bajaron de sus propias casas o en las tribunas de todo el recorrido, la gente fluye y refluye. Es tan larga la procesión, que hay que estudiar su paso por ésta o por aquella calle para poder volver a casa. Aunque de vez en cuando se oye a alguien que dice: —si salimos por esa calle aún vemos otra vez a la Virgen—.

En las iglesias de donde salen los pasos no hay, sino una agitación increíble. Las flores, las luces, los hachones, los portadores de andas, las bandas de música, los portaestandartes, hasta los niños del cordón, hijos y nietos de Cofrades.

San Pablo, es como un transparente encaje que las manos de tres mujeres tejieron a lo largo de los siglos. Violante de Castilla, María de Molina e Isabel la Católica, las tres levantaron esta maravilla blanca donde la mirada se pierde y donde jamás se admirará del todo lo que el ojo ve, porque la fantasía es mucho más grande que la realidad.

No quiero, en manera alguna remitirme solo al recuerdo. Pero ¿qué es el recuerdo, sino una proyección hacia el presente y, —por qué no— al futuro? Hay un paréntesis emocional en el alma cuando hablamos de cosas tan importantes como la Semana Santa en Valladolid. Aquellas hermosas jornadas de Penitencia, de Meditación, de Piedad, de Amor para estar más limpios y más justos ante la Gran Semana. Aquellas sillas, unidas por cordeles que los niños guardábamos todo el día para que cuando llegara la Gran Procesión, tuviéramos una preciosa primera fila. Aquellas retransmisiones en directo en las que los locutores de las Emisoras de Valladolid dejábamos el alma sobre las Ondas, para tratar de llevar a quienes no habían podido asistir, a los desfiles procesionales toda la emoción de esas horas largas, en las que Valladolid se convertía en Templo bajo las estrellas. Ejercicios de Cuaresma, charlas de meditación, crespones negros o violeta sobre los altares, olor de incienso y de aleluya, una Semana Santa en la que todos participábamos, porque era, nuestra Semana Santa, eran nuestros sus Cristos, sus Vírgenes, sus velas, sus vigiliias, sus mortificaciones, su hermosa gloria final. Las luces de la Ciudad entonces, se apagaban para que sólo los hachones y las velas iluminaran el paso de aquel río de la fe.

Viejas Semanas Santas aferradas al recuerdo de una época que pasó y que no volverá, ¡no tiene por qué volver! Hoy, la mitad de los vallisoletanos quizá se marchen de vacaciones, pero sus huecos estarán llenos de gentes de otros lugares que vienen atraídos por la fama de unas procesiones, de un vivir la Semana Santa que sólo Valladolid puede servirles ampliamente. Ha cambiado un entorno, pero no del todo. Aún hay velas

y vigiliias y rezos y penitencias. Aún hay desfiles procesionales llenos de multitud que hacen acampar junto a los pasos a cientos y cientos de personas. Aún hay en Valladolid un olor especial, un calor especial que son el olor y el calor de la Semana Santa, y aún los tambores destemplados de decenas de Cofradías ponen un escalofrío de tragedia en la piel de nuestras gentes.

Y de todo eso vengo a hablaros. De lo de dentro y de lo de fuera, de la fe y del amor, del fervor de dieciocho Cofradías y miles de espectadores que vibrarán al unísono cuando la Semana Santa llegue.

Permitidme que no hable de tallas, que olvidemos por una vez a los grandes imagineros de los que vosotros sabéis tanto o más que yo, que no hable del romance que es Gregorio Fernández, del soneto que es Juan de Juni o de la Décima Real que es Berruguete. Todos los conocemos, son como vecinos vivos en nuestra Ciudad de carga histórica, son como las manos de nuestros padres o de nuestros abuelos que a golpe de gubia y sobre los pinos de Soria tejieron la mágica cadencia de unos cuerpos increíbles. «Esto no es madera, es carne» —dijo un día un crítico que visitó Valladolid. Y es verdad. Es carne viva, lacerada, doliente; blanca en las Vírgenes, lívida en los Cristos que parecen vivir todavía —aún todavía— un minuto más, cuando nosotros les vemos. Pensad que voces más preclaras que la mía hablaron de ello, voces más preparadas que la mía desentrañaron el misterio de su arte. Yo, no. Yo no quiero hablar de arte porque nada nuevo os podría enseñar a ninguno de vosotros. Quiero hablar de la vida, de la sangre, del latido inmenso que se cierne sobre la Ciudad esos días. Quiero hablar de la parte viva que la Semana Santa de Valladolid tiene sobre sus hombros. Quiero hablar de un río de tres brazos que es el que hace de verdad a esta Semana Santa ¡única!. Un río de tres brazos que, corriendo paralelamente, hacen posible, año tras año, este milagro. Es un río hermoso que discurre por las calles de la Ciudad. En medio, los pasos; a la izquierda y a la derecha de los pasos,

conmigo en el Paraíso» —la cabeza de Dimas descansa ya, desde esta mañana esperando el Cielo—.

Es este Paso, el que estamos mirando y admirando, el Paso en el que la madera se hizo otra vez carne para situar al Varón de Dolores. Es el Paso, en el que Cristo se encuentra con los hombres, con los buenos y con los malos; el Paso en el que todos si están como ellos cerca de Dios alcanzarán la Gloria. Otros pasos hablarán con el Padre, otros hablarán con la Madre, pero este es el Paso en el que Jesús habla con toda la humanidad. «Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?» «Sed tengo», ¡qué amarga la sed de un Dios ajusticiado, la sangre se va venas abajo y el cerebro apenas puede regar el espíritu de Dios vivo—. De pronto. «Todo está consumado». El Cristo ha inclinado la cabeza como aceptación al mandato del Padre, pero aún queda otra, quizá la más importante, la que hace posible la redención. Porque El ha venido a redimir pero ha venido en comisión del Padre y la última Palabra es hermosa, generosa, valiente... «En tus manos encomiendo mi espíritu».

¿Que otra cosa podemos hacer los demás, sino después del dolor de la muerte, de la traición, de la ausencia, del sufrimiento personal, entregar el espíritu a Dios?...

Ya esta el Cristo solo, ya la Preciosa Sangre le acompaña porque nadie, ni siquiera las golondrinas de la primavera, están aquí. Pero le acompaña la Cofradía que casi va cerrada con el Descendimiento, el gran reventón, el grupo, el «Paso» entre los «Pasos». Siete figuras cercan la Cruz o quizá siete figuras están cercadas por la Cruz: Arimatea, Nicodemus, María Magdalena, María Salomé, Juan y María, su Madre... hay un último personaje en «El Reventón» que nadie sabe quien es. Pero, yo sí lo se. Es el Pueblo. Es el cristiano. Es la fe.

Y en las calles de Valladolid aparece una imagen distinta es la imagen de la Madre, de María, la que ha seguido los Pasos de Jesús y que, de pronto, olvidada entre los discípulos y las mujeres piadosas parece que no está, que no existe.

En un dédalo de calles del viejo Valladolid está la Virgen de la Piedad de San Martín. La Virgen ha salido ya varios días de la Semana Santa, la Virgen ha llegado a su puesto, al puesto que sus Cofrades le han preparado. Que un año en que no había flores y los Cofrades se desplazaron por todas las Ciudades cercanas para traer flores al Paso. Más de mil Cofrades. Más de quinientas mujeres. Hay Cofrades que a las 24 horas de nacer un hijo le inscriben como cofrade de la Piedad. Hay que montar el Paso, hay que acompañar al ajusticiado, hay que montar los reflectores a la puerta de la Iglesia, hay que buscar una banda. Y la Quinta Angustia lo consigue todo.

Te entregaron al Hijo bien amado,
que halló la muerte para darnos vida,
y aún brota por el hueco de la herida
el borbotón final de su costado.

Ese cuerpo, con lirios amasado,
reposando en el halda conmovida
del dulce peso, a meditar convida
si merece el perdón de nuestro pecado.

Y al mostrarte a nosotros en la vaga
luz heliótropo que al salir pregona
la aurora nueva que a la noche apaga,

Si nos miras no más, Dios nos perdona.
Y el último lucero se rezaga
para brillar ¡Oh Madre! en tu corona.

La Virgen ha alzado sus manos al Cielo porque no quiere ni tocar el cuerpo frío de su Hijo. Está sorprendida de tanto dolor. Está asustada por el peso del cuerpo del Cristo. Casi ni se atreve a mirarle.

Quiere soñar que está aún vivo, que predica en Palestina y a la vez en el gesto patético de sus manos alzadas, quiere ponerle ya en el regazo del Padre del que vino. Más de mil Cofrades de negro, rotos por la Vigilia anterior de preparación y sacrificio; alumbran el dolor de la Madre con su Hijo muerto. El reo que fue liberado por ella, quizá reza en este momento entre los hachones de luz y canta muy bajito «El Perdón, ¡oh!, Dios mío».

La muerte la ha dejado sola pero aún no sabe que puede estarlo más. Lo está cuando la Virgen Blanca de la Vera Cruz aparece en el Desfile del Viernes Santo. La han quitado al Hijo, caída junto a la Cruz sólo la han dejado una espada que la atraviesa el corazón. La profecía del viejo Simeón se ha cumplido. ¡Ya no hay más que su soledad y su espada! Túnica y capa verde, capirote negro, la Cofradía de la Vera Cruz acompaña a la Señora. Van abuelos, padres e hijos; la historia de su vida se cuenta por siglos. Por la vieja calle de Las Platerías suena un murmullo de rezos. Es la gente que pasa y dice: —mirad y decid, si hay dolor como su dolor—.

Al aire de la noche vallisoletana la Cruz pasa. Sin Cristo, sin Virgen, es una Cruz desnuda que dice más al corazón del hombre, quizá, que toda una serie de meditaciones. Así debió de ser El Gólgota cuando Cristo fue descendido, sólo Ella, la Cruz, como signo de contradicción.

El Cristo está en el Sepulcro sin estrenar. Manos piadosas le unjieron y le lavaron. Bajo los Cielos de Palestina los murmullos van y vienen. Se rompió de arriba a abajo el velo del templo, tembló la tierra; y alguien dijo «En verdad era el Hijo de Dios». Judas ya se ha suicidado. Van y vienen mientras por las calles de la Ciudad pasa muerto, lívido, el Cristo Yacen-

te. Los guardias que le flanquean, llevan el fusil a la funerala. Los ojos, aún entreabiertos, la piel ennegrecida, cuatro cirios le alumbran a El, que es la luz. Y en torno a sus Cofrades de terciopelo negro los del susurro sobre el suelo con sus grandes colas en el hábito.

Y tras El el Santo Sepulcro donde unos soldados dormidos dejan escapar el momento más grande de la historia. La Juventud Josefina, desde San Benito, ilumina este Paso que Valladolid entero llama de los «Durmientes». Ahora sí que todo está consumado. La Plaza Mayor de la Ciudad luce en estas horas de la noche como una luminaria eterna. Nueve calles confluyen a ella, nueve calles con viejos nombres de otras horas y de otros tiempos. Y en este momento la Plaza Mayor de Valladolid, donde se coronaron Reyes y se hicieron Autos Sacramentales, es en este momento el palenque de más de seis Pasos. Seis Pasos con sus flores, con sus luces, con su fervor, con su amor... y por la calle de Ferrari aparece, de pronto, la Virgen de las Angustias...

Juan de Juni la vio por vez primera
a muchos siglos de distancia un día,
y, al verla, supo ya que no podía
echár sus manos a la primavera.

El sintiose aturdido, él sólo era
un labrador de la melancolía,
y, desde entonces, un dolor ardía
por todo el corazón de la madera.

Se puso a recrearla humildemente:
¡Virgen de las Angustias! Su vestido
de estameña, pañuelo estremecido,

zapatos grandes de andadura urgente,
y el silencio es un grito reprimido,
a punto de estallar airadamente.

Si las campanas de Valladolid sonaran, callarían para respetar su llanto.
Le quitaron el Hijo, le quitaron hasta la espada del dolor, le han dejado
a cambio unos puñales; pero está sola, auténticamente sola... y pasea
por Valladolid sola y por las calles de Valladolid llora sola...

Los pinos lejanos de los que se hizo su Imagen, están llorando también,
pero no saben por qué... derribada, caída, apoyada en la Cruz que fue
su muerte y es su vida, retorcida como un árbol secular al pie del camino
La Virgen de las Angustias sigue llorando sola.

Van con Ella, para aminorar su soledad los Alcaldes de la Cofradía, el an-
tiguo y el moderno, el Cabildo, los Cofrades, las Mujeres, los Abogados,
los Escribanos, los Jueces, la Chancillería, apellidos que se repiten por-
que todas las familias visten su hábito azul con cariño y afecto, como la
sombra que sigue al cuerpo, con algo entrañable que nadie puede enten-
der. Hay Cofrades de la Virgen de las Angustias que no han visto jamás
la Procesión de Valladolid porque al ser los últimos que salen jamás tuvie-
ron tiempo de ver el principio.

Y Valladolid cree que ya ha cumplido, porque la Procesión ha terminado
y la Plaza Mayor es una antorcha de luz, pero no. Hay que ir atajando
por callejuelas para ver la entrada de la Virgen en su Templo de Las An-
gustias. Cuando ella llega más de veinte Pasos están formados frente al
Templo, como en una gran parada de reverencia y de amor. Cuando cien-
tos de voces cantan la Salve; la piel siente como un escalofrío que rema-
ta cuando las trompetas y los tambores interpretan la marcha Real.

Pero aún hay más, hay que salir con esta misma Virgen, ya sin corona, ya sin cuchillos, ya sin Cruz, para roturar las calles del viejo Valladolid acompañándola en su última soledad. Los Comisarios de Paso, los únicos que pueden llevar a la Virgen del altar a las andas y de las andas al altar, han de sacarla de nuevo para que sólo las mujeres — ¡sólo las mujeres! — la acompañen en la noche de duelo. ¿No lo hacemos nosotros por los amigos? ¿No acompañamos a nuestros seres queridos cuando la muerte les llega? ¿No estamos cerca de una madre cuando un hijo joven se le ha muerto y, además, de esa manera?.

La noche ya ciega en Valladolid. Y hay como un paréntesis, el largo y dramático paréntesis del Sábado Santo. Aquí no hay duda de dónde estuvo Jesús. Sabemos que estuvo en el Sepulcro, en un nuevo y blanco sepulcro que sus amigos le buscaron, que ha bajado a las regiones inferiores de la tierra y ha sacado las almas de los justos que le esperaban. Mientras y ante la Virgen de la Vera Cruz, Valladolid, el Sábado Santo, canta al dolor, acompaña en su dolor a la Virgen Dolorosa.

Pero fue importante Belén, fue importante que el Cristo muriera. Pero muchos mártires, murieron con dolores parecidos. Lo importante, lo realmente importante, es que Cristo después de muerto, resucitara. Porque nada sería lo que es, nada tendría la gloria que hoy tiene si Cristo no hubiera resucitado.

Y el Domingo de Resurrección la Plaza Mayor — ¡Otra vez la Plaza Mayor! — se llenará de gozo y de alegría. Desde Santiago y San Benito vendrán a ella el Cristo Resucitado y la Virgen de la Alegría. Y cientos de palomas surcarán el Cielo y habrá un Aleluya en el aire de una Ciudad que desde hace ocho días está enlutada, adolorida, triste, rezando y meditando.

Y los Santos volverán a sus Altares. Y los Pasos volverán a sus Iglesias

y las Penitenciales descansarán unos días para empezar a preparar la siguiente Semana Santa. Y la Junta siguiendo la andadura del inolvidable Ramón Pradera, del increíble Juan de Dios Silva y del nuevo y entregado capitán de hoy Julián Gallego empezarán casi esa misma noche a soñar con la Semana Santa del año que viene.

Y en el corazón de cada Cofrade quedará encendida una pequeña vela de amor. Y en el corazón de cada hombre y de cada mujer que hayan visto la Semana Santa de Valladolid, quedará un reguero de misticismo que no olvidará jamás.

La Semana Santa ha terminado. Los que fueron en busca de descanso volverán a sus casas y los que quisieron participar de una Semana Santa especial regresarán a las suyas. Y Valladolid volverá a su vida de siempre, volverá a vivir.

Nada nuevo os dije, nada nuevo os enseñé. Sólo quise traer aquí mi amor de vallisoletana, de castellana y de española, para ofreceros, como en la casa de los viejos castellanos, lo mejor que teníamos.

Solo quise ofreceros el pan de la amistad, el vino de la alegría, el dolor del Cristo de nuestros Templos, las lágrimas de las Vírgenes de nuestros Altares y deciros lo que decimos siempre por aquí...

Partiremos mis males... No, son míos.
Para mí, las sequías y los fríos
y el calor, como un áscua en las entrañas...

Pasa delante, hermano. Con respeto,
que en este suelo sabio y recoleto
a bandadas nacieron las Españas.

Que un día recordéis que visteis estas Procesiones, que un día, por haber caminado junto a nuestros Pasos, os podáis sentir un poco mejores.

El Pregón está hecho. Pregonar quiero decir en voz alta una verdad que a todos conviene saber. Y esto es lo que he hecho yo o lo que he tratado de hacer. Pregonar la verdad de una Semana incomparable de Valladolid donde es posible todo: la fe, la caridad, la entrega, el amor...

Sobre las calles desfilaron los Pasos, sobre el Cielo volaron las palomas del Aleluya y sobre los Pasos, sobre los Cofrades, sobre los Penitentes, sobre los que creen y sobre los que no creen e incluso sobre las mismas palomas, estaba algo muy importante y sobre vosotros y sobre todos nosotros, DIOS.

MUCHAS GRACIAS



